

¿YA LEISSSTE?  
OCHO POEMAS Y  
TRES PUNTOS SUSPENSIVOS

DE  
**Enrique González Rojo**

BIBLIOTECA  DEL ISSSTE

## *Acerca de la poesía*

La poesía es la recreación escrita de las emociones humanas. Considerada el más refinado de los géneros literarios, la poesía es una especie de reflexión emotiva, a veces individual y a veces memoria de un pueblo, acerca de las vivencias que el poeta considera dignas de preservarse; es así mismo una experiencia estética, una, osada incursión en el lenguaje, y una especie de exorcismo del alma, mediante el cual los sentimientos afloran y dejan salir todo lo que el poeta lleva dentro de sí: amor, celos, deseos, temores, gozo.

Originalmente, en la vieja Grecia, poesía y música se complementaron para que los antiguos poetas dieran a conocer los mitos de dioses, héroes y monstruos, en lo que se llamó *épica* o *epopeya*.

Este tipo de poesía era leída ante el pueblo, para su deleite, y los mejores ejemplos que nos quedan de esa época son la *Riada* y la *Odisea*, de Homero. Además de este género poético, se cultivó la lírica, llamada así porque el poeta solía tocar un instrumento llamado lira al tiempo que leía sus versos; pero a diferencia de la épica, en la lírica se referían sucesos personales del poeta, así que no estaba ideada para ser leída ante un gran público. Famosos poetas líricos fueron Anacreonte y Safo. Entre los romanos la épica fue practicada por Virgilio, autor de la *Eneida*, aunque también escribió lírica, al igual que Horacio y Ovidio.

Hubo un momento en que la lira ya no fue necesaria, y la poesía fue dejando atrás la mitología, salvo para usarla a manera de adorno. Desde luego que la poesía siguió siendo una combinación de sonidos armoniosos, sólo que ahora la música era en exclusiva las palabras mismas. Porque poesía es, esencialmente, palabra.

Las palabras tienen virtudes rítmicas que la poesía aprovecha cabalmente para integrar versos que son medidos de acuerdo con el número de sílabas de que constan, y de acuerdo con los acentos, esto es, con la cantidad de sonidos fuertes y débiles que se le dan a la entonación. Verso se le llama a cada una de las líneas que integran un poema. Los grupos de versos reciben el nombre de estrofas. Tradicionalmente hay formas poéticas cenadas, que exigen gran habilidad por parte del poeta, como es el caso del soneto, poema constituido por catorce versos de once sílabas cada uno, acentuados en la sexta sílaba y en la décima, y rimados de acuerdo con variados esquemas. Sin embargo, desde fines del siglo XIX y principios del XX, hay la tendencia a escribir poesía en versos libres, que ya no atienden al número de sílabas, aunque sí toman, por lo general, especial cuidado en los acentos.

Cada lengua universal cuenta con su poesía, y la escrita en español tiene una larga y venerable tradición, que se remonta a los siglos XI y XII de nuestra era, con los Cantares de gesta y los *Milagros de Nuestra Señora*, de Gonzalo de Berceo. Una de las ramas de la poesía en español es la mexicana, cuyo primer florecimiento se dio en

el siglo XVII con la extraordinaria aparición de Sor Juana Inés de la Cruz. Más tarde llegarían los poetas románticos y los modernistas, en el siglo XIX, y ya en el XX dos cumbres de nuestra lírica, Ramón López Velarde, cuyo sentimiento provinciano nos llega muy íntimamente, y Octavio Paz.

Un poema está situado más allá del tiempo y del espacio, y esta es una de las alegrías de la poesía, su carácter intemporal, porque un poema vuelve a florecer intacto y esbelto cuando se le lee, así haya sido escrito hace siglos o apenas ayer. Un poema no posee un significado único y cenado, sino que se caracteriza por su apertura, por su capacidad para producir múltiples sentidos o interpretaciones, incluso de una manera autónoma, con independencia de los propósitos del autor. Un poema, por otro lado, baja a los abismos del dolor, asciende a las alturas del placer, y se coloca en el centro mismo de la condición humana.

*Los editores*

## *EL JUNCO*

### I

Oriundo de este Valle de lágrimas,  
sumando el quehacer individual de mis ojos  
a las marejadas y tempestades  
que, en alta angustia,  
atacan al velamen del pañuelo,  
teniendo en la Tierra toda  
mi terruño,  
sintiéndome un terrícola orgulloso  
de las leyes de rotación y translación  
de mi casa;  
criatura sin voz ni voto en el destino de mi especie,  
pero hermano de los que gimen en **pianísimo**,  
rumiando sus blasfemias,  
y compatriota de los iracundos  
que arrojan al firmamento los juegos de artificio  
de sus imprecaciones,  
puedo apalabrarme con mi lengua,  
morderme la punta del silencio,  
sellar un compromiso de sangre  
con la verdad,  
levantar la mano,  
pedir la voz,  
humedecer en las lágrimas mi pluma,  
soltar estos versos a grito pelado  
hasta dejar afónicas  
las vocales del aullido,  
para hablar de mi gente,  
de quienes yo conozco,  
de los juncos azotados por los cuatro vientos  
del apocalipsis.  
Pedir la palabra, pedirla  
para ser el cronista del infierno.

## II

Observad a los novios:  
la desnudez primera fue en los labios.  
Dos excitaciones anudadas  
-cada amante extraviado en el laberinto del otro-  
trajeron consigo un holocausto de resistencias,  
un pudor desmoronándose,  
un sentimiento de derrota en los botones,  
un paladear a diez dedos y dos sienes  
la epidermis del éxtasis,  
y un arrojarse a las sábanas  
en busca de poemas.  
Mas ahora divisadlos enfermos,  
en estado de sitio,  
refugiados en lechos diferentes,  
desamorosos, desavenidos,  
sabiendo cada quien,  
en la cámara de tortura de su sala de espera,  
que a su destino en punto,  
se halla presta a dar el salto la agonía.  
Columbradlos perdidos,  
ojerosos,  
débiles,  
venidos a muerte,  
sin un solo anticuerpo en todo el cuerpo  
y con todos sus escudos  
sufriendo un caleidoscopio  
de dolencias  
fatales.  
Pero ¿por qué en el clímax,  
en la chispa que producen  
dos cuerpos al rozarse,  
en la maestría con que un orgasmo  
seduce al otro,  
tienes que eyacular, oh muerte?

### III

#### **"arrullado en la cuna del silencio, mamando oscuridad".**

Jaime Sabines

Pero mirad en la cuna la tragedia.  
El horror arropado.  
Recién nacido,  
como ángel a medio hacer,  
aún oloroso a madrugada,  
el bebé muere súbitamente,  
a muchos pasos todavía de su primera palabra,  
mientras se divertía con el oso amarillo  
de su sueño.

¿Quién es y dónde está el responsable  
de este crimen?  
¿Su nombre se escribe con mayúscula?  
¿Hay pruebas para demostrar la existencia  
de este monstruo?  
¿Es posible que Alguien haya utilizado  
una guadaña escondida en las leyes naturales  
para segar su aliento?  
¿Hay un responsable de que el vínculo  
entre la cuna y el ataúd  
sea a veces mucho más que una imagen poética  
que asocia los dos puestos fronterizos  
que tenemos con la nada?  
Sinfonía inconclusa, ay, en los primeros compases.  
Niño que se nos deshace entre las manos.  
Sólo tu madre se consuela  
pensando que vas a aprender a hablar  
en el allende.

## IV

Venid a ver, en ese parque, en esa avenida,  
en esa colonia,  
pero nunca en el teatro, en el circo  
o en la exposición,  
a los hombres y mujeres  
que, en naciendo, no vieron la luz  
sino que pasaron abrupta, dolorosa,  
sangrientamente  
y a tientas,  
de la oscuridad del claustro materno  
a la oscuridad del cosmos.  
Alguien o algo los condenó  
a saber sólo de oídas de las flores,  
las auroras,  
el crepúsculo chorreante de colores  
o las luciérnagas y su milagro parpadearte,  
perdido en su propia miniatura.  
De oídas sólo.

Pero dígase lo que se quiera  
el oído no comprende el idioma de los ojos  
(o las palabras que dice el parpadeo)  
ni la soprano,  
al saltar victoriosa hacia el agudo,  
puede producir el más mínimo aumento de luz  
en la sala de conciertos.

## V

**Un pájaro canta va a morir.**  
Pierre Reverdy

Acercaos a contemplar  
cómo los huracanes concentran  
la deshilvanada furia de la atmósfera  
para arrojarla al pavor,  
a la perplejidad y al rezo que nace  
con las alas rotas  
y el cielo enflaquecido,  
o contra las techumbres de paja

de chozas a donde apenas caben  
mendrugos sólo de comodidades.  
Las aguas de los ríos se insolentan,  
arrojan tarascadas a lo sólido  
que duda de sí mismo,  
y vuelcan su coraje,  
cual jauría de perros espumosos,  
contra el mundo.

Estad atentos: oíd la lucha cuerpo a cuerpo  
del cielo y de la tierra,  
cuando el mar gana terreno y el llanto gana rostro.  
Los huracanes hacen que en el cielo  
todavía compungido, y en la curva  
donde lleva a pastar el arcoiris  
su majada de tintes,  
se insinúe  
gigantesca,  
a todo horizonte,  
el rostro de la muerte,  
de la muerte mezquina,  
traidora, obscena,  
blandiendo su hoz  
de un lado al otro  
para segar hasta en sus últimos escondrijos  
todos los pronombres  
y arrojar al precipicio  
ápices de existencia,  
pedazos,  
aún rebeldes, de descuartizados  
cuerpos.  
Basura.

## VI

**"porque, inmune a la mácula,  
tan perfecta crueldad no cede a límites"**

José Gorostiza

Y ahora  
si Dios es el creador de todo,  
lo mismo del átomo y su ámbito de minucias  
-del infinito acurrucado en lo invisible-

o del cosmos y su sistema de superlativos  
-de la totalidad desplegada a cielo abierto-,  
si es Hacedor de las lágrimas  
de este Valle de lágrimas,  
si es así,  
también es el origen  
de todos los males,  
sufrimientos y sinsabores  
de la existencia humana.  
Que me duele la cabeza,  
se trata de un rasguño de la divinidad  
en mis células nerviosas.  
Que soy un sordomudo,  
alguien me alimentó, de niño,  
con pájaros muertos.

Verdad, también fue obra del Buen Dios  
esa hora y media de tacto  
que tuvieron los novios en un rincón del descuido  
materno.  
O el júbilo indecible del poeta  
al dar en una metáfora  
con la fórmula algebraica  
de lo absoluto.  
O la felicidad del Sísifo liberado  
del alpinista  
al divisar, desde su atalaya de oxígeno,  
los litorales azules  
del infinito.  
Es verdad.

Pero ¿hemos de concluir en que el Rey Eterno  
es la primera piedra  
del todo?  
¿La primera piedra?  
¿El primer grano de polvo de la primera piedra?  
¿Hay un semen sagrado nacido  
de la causa inicial?  
¿Dios es el múltiple programador  
de la sordera,

de la angina de pecho,  
de la lesión infectada,  
del retraso mental,  
de la sífilis  
y del sida?  
¿Y también es el autor  
de la esperanza como campo minado,  
de la herida supurante de alaridos  
o de esos peñuscos invisibles de espíritu  
que se desintegran en un odio  
radioactivo?  
¿Es cierto que los pobres son pobres,  
los moribundos moribundos  
los infelices infelices  
porque se hallan dejados de la mano desmemoriada  
de Dios?  
¿O por no sé qué avería en las instalaciones amorosas  
de Dios Padre?  
¿O porque en los infortunios,  
en el destrozarse,  
en el pan duro e incomible  
de nuestro propio puño,  
en la sed insatisfecha  
y su asedio inútil y disparatado  
a las lágrimas,  
en el olvido de la cita que concertamos con la felicidad,  
haya introducido sus designios abominables  
la perfección?  
¿Es más justo considerar al Supremo Arquitecto,  
que no al hombre,  
como lobo del hombre?  
¿Buitre de nuestra entraña prometeica?  
¿Áspid de nuestro intento de correr,  
de poner en nosotros mismos los pies en polvorosa  
y escondernos?  
Bien vistas las cosas, y tomando en cuenta  
el bestiario fantasmagórico de temores que,  
a cada ademán, sueltan las manos  
de la divinidad,  
tendríamos que decir que su creación

donde hay senos gangrenados,  
ángeles sifilíticos,  
labios de palabras leporinas,  
pertenece más bien a un ser monstruoso  
que creó a manotazos este mundo.  
Ser enfermo de caos,  
con lengua emponzoñada,  
con la perversión a flor de dedos  
que, tornado en tempestad metafísica,  
azota al inerme junco  
donde acaece el hombre.

¿Deberíamos atribuir esta creación  
al espíritu descompuesto  
de un demonio?  
¿O a un aprendiz de brujo  
que, perdiendo el control sobre sus actos,  
echa a andar o interrumpe abruptamente  
las leyes naturales?  
¿Es posible que este déspota venido a Dios  
sea cubierto por la piel de la divinidad,  
escamotee sus huellas dactilares  
y usurpe su lugar dentro del **credo**?

## VII

*Si el amor falta,  
la casa está vacía.  
Ezra Pound*

Aunque contraigamos la enfermedad incurable  
de la orfandad,  
es insoslayable decir,  
y escribirlo con las mayúsculas del aullido,  
que Dios es sólo el sueño de las carnes  
sometidas a tortura,  
fantasía de las llagas,  
pasión inútil de ocultarnos  
de las voces del horario  
y los gritos del minuterero.

Basta ya. Se precisa proclamar

que este Valle de lágrimas  
no puede ser sino obra del hombre mismo  
y de las leyes naturales que son sordas  
a las letras inflamables del incienso  
que humea en cada púlpito.

Pero ni modo: el junco sufre las neuralgias  
que produce lo efímero,  
los espasmos que trae consigo la sonata de números  
del cronómetro,  
la trombosis coronaria que acarrea  
saber que se tienen las horas contadas,  
descontadas,  
huidizas,  
irrecuperables,  
transformadas en huellas,  
vestigios del verbo ser  
o bagazos de tiempo,  
y entonces los humanos imaginan,  
sueñan,  
codician,  
un cielo de recompensas y de aplausos,  
un allende sin comas,  
sin erratas.  
Un orgasmo de nunca acabar.

¿Será verdad que, la mayoría necesita  
vivir a la sombra de la convicción  
de que la muerte  
es sólo una fábula,  
un espejismo de luces negras,  
un malentendido,  
una falsa impresión,  
una mentira contada por la tierra  
de la sepultura?

Allá ellos.  
Estos hombres ven a Dios  
como el señor de su esperanza.  
Pero no como el fundamento del dolor

que exige esa esperanza.  
Allá ellos.

Allá ellos, porque hasta existen algunos  
que, muertos de escepticismo,  
tienden sus manos hacia el cielo  
pidiendo, por lo que más se quiera,  
que Dios exista,  
que por favor, que por favor,  
y que ellos,  
en atravesando el laberinto de la existencia,  
no lleven en sus sienes sino una mareada idea  
de las cosas,  
y sus firmes convicciones  
tengan los pies en la tierra movediza  
del espejismo.

Claro es que hay quienes  
lucen cada vez más  
un Dios venido a menos,  
sordo,  
mudo,  
destartalado,  
con accesos de asfixia  
por ausencia de oxígeno,  
de fe,  
del templó construido en las entrañas.  
Un Dios que el día menos pensado,  
como un san Sebastián plagado  
de puñaladas de duda, puede finalmente perecer entre estertores gregorianos.

## VIII

En una edad, en un siglo,  
en una contusión remendada de blasfemias,  
enfermamos a Dios:  
las bacterias y los virus  
-con las fauces aún llenas de bocados  
de nuestro cuerpo-  
invaden sus sacros interiores  
y hacen que la eternidad

incinerada casi por su temperatura  
tenga delirios  
de acabamiento.

En una época contrae un mal venéreo  
y es una pena ver cómo Dios Padre  
corre a morirse en cualquier gerundio maloliente  
víctima de una enfermedad  
vergonzosa.

En otra, muere de cáncer:  
el árbol de su esqueleto  
se doblega con racimos de ganglios,  
con flores donde se redondean  
gotas de pus -no de rocío,  
mientras que un coágulo de tiempo  
discurre por sus venas.

Enfermamos a Dios también  
al inocularle el padecimiento  
que nos suprime la inmunidad de la guarda  
y su dulce compañía.

Pero Dios renace siempre.

La resurrección,  
el dejar a su espalda  
la tenebrosa trinidad de días,  
o el abandonar al sudario en la faena  
inútil de apresar un hueco solo,  
es una de sus debilidades  
o sus fuerzas.

Y entonces tornamos a suprimirlo.

Y Él, rebelde, a saltar de la nada hasta el oxígeno.

Y nosotros a soltarle la jauría  
minúscula de microbios.

Y así por los siglos de los siglos.

Este círculo de hierro  
terminará sólo cuando el Rey Eterno  
en vez de contraer nuestros males,  
paros cardíacos,  
pulmones rocallosos,  
avería en alguna de las conjugaciones  
del verbo ser,  
reciba el contagio de nosotros,

cuando se enferme de hombre,  
cuando no tenga defensas  
ante la incontrolable epidemia de lo humano.  
Sólo entonces.

## IX

¿Hablar de un pueblo sin Dios  
es un sueño irrealizable?  
¿Un mito?  
¿Una utopía?  
¿El hombre, oyendo las voces de su sangre,  
las plegarias de sus órganos internos,  
está condenado a vivirse como criatura,  
niño de brazos,  
mocoso con las manos atadas,  
iniciativa que sólo gatea,  
por los siglos de los siglos?  
¿O es posible que un día,  
a la vuelta del engaño,  
el hombre se ponga a cernir una hostia  
para quedarse sólo con la oblea,  
a colar el agua bendita  
para quedarse sólo con el agua?  
¿Hará una vez una lectura parricida  
del padre nuestro?  
¿Podrá quedarse solo, solo y su alma?  
¿Y tendrá los tamaños de saberse,  
como todos,  
junto a todos y todo,  
huérfano,  
solitario,  
rugiendo imperfecciones  
y a solas con el infinito?

# CANTATA DEL ÁRBOL QUE CAMINA

## I

Soy un poeta que habla de pájaros

También

claro

de otras cosas

la luna los hipogrifos violentos

los círculos viciosos

las divinidades

y los campos de tortura

Pero hablar de pájaros

y escribir subido a las ramas de los árboles  
libros y libros de versos

es mi obsesión

la rutina de mis ansias

Un amigo mío me dijo un día

Enrique no hay que prestar tantos nidos  
de atención a los pájaros

Y entonces volví la vista a los árboles

a esos seres tristísimos que crecen  
persiguiendo a su pronombre

a esos fumaderos de oxígeno

a esos astrónomos del parque

que gustan de escudriñar el cielo

con los ojos de sus pájaros

Los pájaros

Los poemas del árbol

Su estrategia para podarle la prosa  
que le crece

Las aves que

en diferentes puntos

se injertan al ramaje

y en él hallan los nidos de caoba

donde olvidar sus alas  
                                  metamorfosearse en frutos  
y esperar a que madure en sus entrañas  
el aleteante néctar del gorjeo

Enrique

                                  me dijo el amigo mío  
Pon a la frivolidad en cuarentena  
                                  y arroja los trinos  
  que aletean en tus dedos

a un diccionario de la rima  
                                  cualquiera

Cambié de itinerario

                                  Abrí mi caja fuerte para encerrar en ella  
                                  los consejos

  Me volví

un poeta que habla ya no de pájaros  
                                  sino de árboles hechos y derechos  
                                  Que adivina el bosque en cada pino o cada sauce

ce

a sabiendas de que a todos  
                                  nada arbóreo

  como diría el clásico

les es ajeno

Un poeta que los ve a la distancia o desde cerca  
                                  o desde abajo  
                                  O encaramado en una de sus ramas

para ser el agente de tránsito  
                                  de los vientos

o de las palabras que corren por los aires  
tocando la bocina

                                  de alguna de sus vocales

Vi los olmos

                                  los cedros

  los sauces

Los divisé

                                  como a nosotros

  negociando sus minutos con la muerte

Alzando en hombros el verdoso  
brochazo de su impulso  
Levantando en la yema de su dedo  
alguna de sus brisas  
Pero también sufriendo el cansancio indecible  
de cargar no sólo su muchedumbre de hojas  
sino el frondaje completo del firmamento  
o padeciendo los jadeos invisibles  
de su marchitarse

Acaricié su tronco  
Y por uno de sus nudos  
cicatriz de un hachazo  
le recité poemas  
y hasta me puse a tararearle una canción de cuna  
para sus partes niñas  
Creo que fue en Pascal donde hallé la imagen del hombre  
como un junco o una caña que  
a pesar del feroz ramalazo de la tempestad  
afilada por los montes  
e sostiene  
la quilla de la frente  
quebrando en dos al viento  
por las hondas raíces que lo clavan en tierra  
encantado por el juego  
de las leyes naturales  
y planeando cada una de sus conquistas cósmicas  
bajo tierra

Si fui  
en el pasado  
un poeta que  
tras de hablar de pájaros  
dio recitales de poesía en los claros de la selva  
hizo marchar de diez en fondo a los árboles  
en la calzada real de sus estrofas  
y escribió sus mejores metáforas en los troncos  
después terminé por ser  
o sentirme  
o transformarme  
en un árbol que canta

y dice confidencias  
y busca melodías en el lento desplazarse  
de su savia  
o en el céfiro que escudriña los nidos a la búsqueda  
de residuos melódicos

Un sauce o una encina que  
con los álabes de su ramaje  
cuenta  
las sílabas de sus versos  
o que emplea el metrónomo del ritmo de la  
vida  
para decir  
decirse  
desdecirse  
con un silencio que se despoloma del frondaje  
como la sombra

o la hojarasca  
Pero también fui un árbol que aúlla  
gime  
gimotea  
da arañazos al cielo  
hasta darse en la garganta  
con el amargo sabor  
de la sordera ajena

Entonces  
cuando no sé qué director orquestal  
me daba la entrada  
escupía a los aires  
un fortísimo de bramidos  
y dejaba en la atmósfera  
el escándalo de mis pulmones  
Fui en verdad un vegetal violento  
erizado de injurias  
zozobras  
y lianas malolientes de saliva  
colgadas como escarcha

Arbol blasfemo  
a las patadas con la Divina Providencia  
dedicado infatigablemente  
a pisotear y embarrar en el suelo  
todo presunto milagro  
y a arrancar hojas y hojas a la Biblia  
con la seguridad  
de llegar a tener entre manos  
las Santas Escrituras de la nada

Pero hoy ha sucedido  
Ya no estoy aquí  
anclado al suelo por una raigambre  
sedienta de negrura  
y hambrienta de gusanos  
Ya no estoy a la espera  
de la furia del destino  
y su jauría de vientos

No estoy aquí  
Ya no  
A mis espaldas hay  
tan sólo un hueco  
cavado por mi ausencia  
que brama nacimientos  
y sangra independencias  
Soy un árbol  
que ya está en el andén de su odisea  
que encuentra pies y báculos  
y brújulas y prisas  
y hasta el camino mismo  
entre sus pertenencias  
Un árbol que concibe su primer paso  
con los dolores  
del alumbramiento

## II

Caminante Soy ahora  
un árbol caminante.

No aquel que escupía  
a diestra y a siniestra  
plegarias venenosas  
o manzanas prohibidas  
para que Dios

les hincara el diente  
No aquel que tenía cuentas insolutas  
con el infinito

El ser despellejado  
con su albura a la intemperie  
con jaquecas de viento  
que llegó a sufrir un síncope  
en todos los corazones  
de su tronco

Ya no soy el energúmeno  
de ayer con cara de pocos dioses  
puños fingiéndose frutos  
y mesándose las ramas  
las hojas y los sueños

Ni aquel que  
pletóricos sus nidos de blasfemias  
recién nacidas y empolladas con ternura  
por mis odios  
declaró una guerra sin cuartel al Padre  
un duelo a primer epitafio  
e impulsó a su furia antiaérea  
a agujerear el firmamento

Ni aquel que  
tras la guerra de exterminio  
declarada al más allá  
sintió sus manos  
manchadas con la sangre  
del Hacedor del mundo

### III

Camino

Soy un árbol que saborea el fruto  
prohibido  
de su movimiento  
Que deja atrás el paraíso  
si es que es un paraíso  
vivir con una parálisis  
de pies fusionados y tullidos  
y saber deambular únicamente  
para arriba

Ahora

abrazados la vista y el olfato  
puedo husmear el universo  
recorrer alcobas  
polvaredas  
continentes  
hasta llegar al terruño prometido  
donde habita  
la idea  
el frenesí  
de que no soy vástago  
progenie  
criatura destronada de cerebro  
hijo  
del afán inefable

de la mano omnipotente  
No me llamen criatura

No soy el eco  
de un ademán celeste  
En mi árbol genealógico  
no hay lugar  
ni uno solo

para Dios  
Lo grito a voces

Mi acta de nacimiento  
se gestó en la placenta  
y en los ojos parturientos  
de llanto  
de mi madre

Y nada más  
Mis padres tampoco tienen el menor parentesco  
con lo sobrenatural  
                    carecen de cordón umbilical que los asocie  
con lo arcano  
en su origen no hay un vientre divino  
ni un esperma oloroso a eternidad  
                    Son tan huérfanos de cielo  
como el que pulsa ahora la lira  
con sus dedos heridos solitarios supurantes  
                    de dudas e ignorancias  
Ahora mis padres  
                    bajo el limo  
                                    se esconden en la nada  
o en el hambre siempre insatisfecha  
  de un reguero  
de voraces segundos  
horas

                    siglos  
Un poeta amigo mío me dijo un día  
Enrique  
prosigue tu camino  
pero ya   por favor   sin alucinar  
                    que desde un carcaj eterno  
alguien disparó invisibles  
                    flechas de sentido  
                            que van al borde de tu carretera  
para orientarte  
Camina   prosigue tu jornada  
escucha solamente  
las voces que producen tus zapatos  
al chocar con la arena

Los faros o las brújulas  
qué son Enrique Enrique sino sueños  
                    de los pies adormilados  
al vaivén de su marcha  
Sólo ahora  
                    cuando dejo

mis prejuicios de árbol  
de presidiario  
con grilletes de limo  
caigo en cuenta de que oh vida  
careces de sentido  
o mejor  
no eres hija de un plan  
una jaqueca  
un despropósito  
urdido en la materia gris  
de lo absoluto  
o la programación enloquecida  
de un demiurgo psicópata  
que juega solitarios ominosos  
con las leyes naturales

#### IV

Mira vida  
no fue formada la sed  
deliberadamente  
para bajar un poco casi nada el nivel  
de fuentes  
lagos  
mares dulces  
para hallar la alegría en los sedimentos  
de la copa de vino  
para que alguien ideara las cantimploras  
y les nacieran alas a los charcos  
o para dejar al desierto  
hablando solo  
No se gestaron las jirafas  
para amedrentar a las estrellas  
o los peces  
escamados de oleaje  
para dar respuesta  
a la carnada de preguntas  
del anzuelo

Oh vida careces de sentido  
porque Dios no sólo es sordomudo  
sino manco  
No fraguó el **hágase la luz**  
frotando dos pedazos de madera  
contra  
las pretensiones delirantes de la noche  
de no tener confines  
ni dudas  
ni arrepentimientos

Ni diseñó los párpados  
como puertas de escape  
al asedio del mundo  
Ni tampoco para que los astrónomos  
armaran a placer  
sus noches de juguete

No se crearon las pupilas  
con su ráfaga de imágenes  
para saber cuántos metros y su morralla de centímetros  
separan a mi deseo  
de la mujer amada

Cómo has de tener algún sentido  
si no se crearon las hojas de los árboles  
para dar pie al argumento  
de que ninguna se viene abajo  
sin el deseo de Dios  
o sin las manos divinas atareadas  
en sacudir el tronco  
como farfullan las rodillas  
ateridas de miedo  
mientras llenan de tierra  
sus hocicos.

No tienes sentido oh vida  
No fue concebido el espacio  
sólo para que los amantes separados  
heridos y sangrando

soledades  
destruyan  
tierras  
oceanos  
continentes  
haciendo en sus adentros  
llamadas de larga distancia  
¿Sentido alguno vida?  
Si no se hicieron los colibríes  
embriagados de cielo  
y salpicando luces a su entorno  
para dar alas a lo inmóvil  
enjaulado en su propia  
indecisión viajera  
¿Qué sentido por Dios?  
Si no se hizo el via crucis del deseo  
para crucificar el corazón  
de los amantes  
que viven en distintas dimensiones  
Ni se forjó el insomnio  
las almohadas que aprendieron  
el canto de los gallos  
para que los astrónomos  
se vuelquen al estudio  
de las estrellas  
de los más luminosos y oscuros jeroglíficos  
y descifren oh vida  
el triunfo a todo cosmos  
de la falta de sentido

## V

Manteles  
sillas  
poemas  
las cosas todas que rodean nuestro cuerpo  
han salido del arcón infinito  
del trabajo  
del crisol de ademanes

de los dedos henchidos de ocurrencias  
del sudor diligente  
del cerebro obstinado en dar a luz  
tras de los nueve meses o siglos o segundos que requiere  
toda creación artística científica humana  
o en medidas inéditas de tiempo  
su propósito  
su aspiración  
su fantasía  
muerta de ganas  
de dejar de serlo

Todo aquí tiene sentido

El espejo de la alcoba  
fue imaginado para decir o cuchichear el tiempo  
y no  
como los calendarios  
los relojes  
y mi tía viejísima y enferma  
para pregonarlo  
aullarlo  
darlo a gritos

Él tiene sentido  
Tienen sentido  
las camas que se forman  
con regazos de madre  
y ademanes de hermana  
para el cansancio niño  
que quiere noche a noche  
acurrucarse de nuevo en el vientre perdido  
del origen  
Tienen sentido

Lo tiene también  
este par de zapatos  
que sufre de hormigueos en la suela  
y espera al pie de mi cama  
como inquietos sabuesos

la polvareda de olor  
de su camino  
Par de zapatos que he de ponerme  
para limar las iracundias y el calor  
de los guijarros

Sí un sentido

La vida humana no  
Porque no somos criaturas  
nacidas de las manos preñadas  
del de arriba.

Cómo vas vida a tener sentido  
si no provenimos de Aquel  
de su inspiración creativa  
o de sus glándulas mamarias infinitas  
sino que si cabe vamos a diseñarlo  
fabricarlo

construirlo  
en la medida de nuestras manquedades  
a marchas forzadas  
en el año primero  
en el minuto inicial  
en que el hombre  
convertido en pesebre  
se nos transmude en Dios  
o por lo menos en ese superhombre  
que el día menos pensado romperá  
su alcancía de perfecciones

## VI

Ni modo  
Aqui grito: ni modo  
En mi boca tiene su templo  
su púlpito de saliva  
la resignación  
o la certeza  
de que las cosas son como son  
y no como el homúnculo ambicioso  
y aterido de espanto

que nos araña por dentro  
querría que fuesen Ni modo

Ni modo  
Eso grito  
cuando sé  
que toda plegaria  
deja la mancha de lodo de sus pies de barro  
en todo lo que pisa

Ni modo  
Mi esperanza nació con las alas raídas  
con nudillos descascarados  
y volviéndose polvo  
de tanto tocar  
las puertas imposibles  
Ni modo  
Ningún cuento de hadas puede ocultar  
por mucho tiempo  
su talón de Aquiles  
los albañales de la fantasía  
y su quimera  
parada de puntas

Ni modo  
La zozobra no encuentra  
en la supuesta tierra prometida  
del más allá  
una sola almohada  
en que posar la sien  
El oasis absoluto  
que inmola los camellos  
La voces ancestrales  
perdidas en Dios sabe qué provincias  
del arcano

La triste mandolina en que nos toca  
una infanta difunta  
su pavana  
para carne agusanada  
O el rumor lejanísimo

del hombre dedicado a recoger y juntar  
los pedazos dispersos de su cuerpo

Ni modo

Nuestros pies no caben  
sino en el sitio exacto  
que les proporcionan las sandalias  
urgidas de existencia  
Nuestros pulmones  
no pueden hallar otro oxígeno  
que el dócil  
amistoso  
con los brazos abiertos  
del aquí y el ahora  
Ni modo amada mía  
nuestro amor al trepar la montaña  
no tiene los corazones amarrados  
como cuerpos de alpinistas  
Mira te invito a ver tu piel  
¿no adviertes cómo se va desmoronando  
poco a poco de tacto?

Ni modo

Eso grito cuando sé  
que no es difícil descubrir  
que tiene pies de harina  
el coloso de colosos  
que duerme al interior  
de cada hostia  
De harina sí  
pero de otro costal  
Cómo duele  
nada mía  
cerebro a ras del cuerpo  
saber que Dios  
la esperanza en cuarto creciente  
es un inefable  
sublime  
divino

cheque sin fondos

## VII

Con una mente  
    limpia de telarañas  
empleo lejía  
contra el incienso pegajoso  
que me invade  
Me pregunto por el sentido del dolor  
hasta comprender al fin  
    la compleja ecuación  
del sufrimiento  
¿La comprendo?  
Pregunto por la serenidad el bien el optimismo  
    No viven en el departamento de arriba  
en los sótanos del palacio  
    o en las cárceles encerradas en sí mismas  
    de lo clandestino  
No están en el **otro lado**  
    en los aledaños del ardor  
en las afueras de la jaqueca

Están al interior del sufrimiento  
    Son la almendra  
la fragancia de dioses que nos narra  
su olor entre los dedos

En tus sienes hermano está el sentido  
de todo  
Ahí donde un minúsculo murmullo de neuronas  
urde fines y medios  
    aletear de propósitos  
y ejercicio de manos  
No se encuentra en la percha  
    ya lo dije  
del designio inefable  
ni se oculta a tus ojos

por un juego de manos ominoso  
del Señor de los cielos

¿Comprendes esto hermano?  
Sólo si lo vislumbras  
podrás entender  
el papel del sufrimiento  
su envés  
su cara oculta  
o el papel que le toca en el elenco  
de lo vivo  
Podrás entonces no sólo perdonarlo  
No tengo resquemor oh pena  
ya contigo  
O resignarnos a los rasguños que produce  
en las paredes  
o a ese pus con sollozos y sollozos  
de sus lágrimas  
Hay que pasarle un trapo  
limpiarlo de lamentos  
gritos  
alaridos

dejar de verlo con rencor  
con odio de revólver  
Cerrar los ojos para advertir al fin  
su cara oculta  
Su sentido  
Por el sufrimiento somos  
Sollozas luego existes  
Las lágrimas no son humores incorpóreos  
vertidos por los ojos  
de ángeles hospedados en algunos recovecos  
de nuestros entresijos  
Son el zumo  
de la carne torturtada  
El trauma del nacimiento  
que perdura hasta la muerte  
Que perdura

No hay bien en la tierra ni en las almas  
ni en los cuerpos  
que no tenga al dolor como su orfebre  
su apuntador  
o su poeta

## VIII

Si pastoreados por el microscopio  
nos sumergimos en lo infinitesimal  
en el irrefrenable apetito de cero  
vemos que en la célula  
y su ladrar minúsculo  
hay un núcleo  
en éste un filamento  
en el filamento  
un reguero de cromosomas  
en cada cromosoma  
una formación genética  
y en cada gene  
el cuento de no acabar  
la novela de terror  
que discurre en lo invisible: el infinito

Pero también allí se encuentran  
los guiños de los ojos  
que preceden a los ojos  
el color del cabello ensortijado  
en su promesa sólo  
de cabello  
el poeta nonato que conoce  
cómo dar con los cofres atestados  
de ritmos y de rimas  
al oír el tintineo de las letras

Cuando el espermatozoide  
después de llevar en los colmillos  
jirones de epidermis de los otros pretendientes  
seduce y lleva a la cama al óvulo  
lo rodea de estrellas

le canta con su laúd  
y lo arroja  
a meses de trabajo creativo  
En el código genético del óvulo ya encinta  
del futuro almácigo  
de carne y hueso  
se van conformando  
los ojos  
la nariz  
el vientre  
las piernas  
y el ángel de la guarda  
En el embrión  
hay injertos de espíritu  
A la vera del cuerpo recién concebido  
en el aura circundante  
que nos sirve de atmósfera privada

hay aleteos de ángel  
centinela invisible  
guardaespaldas genético  
manos que protegen nuestra pequeña llama  
de hombres

La vida su instinto su hambre de conservación  
o como se llame  
es quien monta guardia  
en torno nuestro  
Es nuestro verdadero ángel de la guarda  
dulce compañía

Es la voz que nos grita:  
Cuidado  
Ten temor  
No bajes la guardia  
No menosprecies las fauces  
del minuto asesino

Vuelto temor  
angustia

sufrimiento  
se preocupa de que el cuerpo no derroche  
segundos  
horas  
o relojes completos

El temor a la muerte es una de sus obras maestras

Alambrada de púas en redor de nosotros  
es un cántico a la vida  
el perro vigilante que arroja su jauría de colmillos  
contra cualquier intruso vestido de peligro  
pulsión que nos protege  
nos da la reticencia  
el dolor  
la cautela  
para vigilarnos  
para hacer del refugio  
una guarida en armas

Fábrica de escudos  
tiene ademanes de madre  
Lo heredamos de los antropoides  
y su sabia  
y delicada manera  
de cuidar a sus cachorros  
y a sus minutos

## IX

Ni modo  
Llevamos nuestra alforja  
plagada de tumores y de aullidos  
insufribles  
pero indispensables  
Pulmones que toman por asalto la palabra  
en toses de nunca acabar  
exigiendo la presencia del aire  
que el mar convierte en niño  
o pidiendo cucharadas de ternura

Fiebre que desde las axilas o la frente  
llama a gritos

al termómetro custodio  
a la madre que luce el mejor oído  
del mundo entero  
a la amante perdida en la selva

de mis versos

Qué remedio  
Alma mía

por extraños e incomprensibles  
encolerizamientos de la atmósfera

puedo quedarme sin hojas

sin ramas

y hasta caer en el suelo cuan largo soy  
tras de dar un traspies con la nada

Puedo perder el sentido y caer de bruces

y llenarme y llenarte de moretones ampollas y heridas sin fin  
alma mía

Soy un árbol que ha dejado a su espalda  
una nube de polvo

de prejuicios

rechinido de dientes

taquicardia de tiempo

y ese hueco o esa fosa en la que yace  
como en cada una de las huellas

el cadáver de un pretérito  
recién nacido

que crece poco a poco

hasta tornarse adulto viejo

hasta llegar al punto en que se encuentra  
buscando y rebuscando

las palabras con que hablarle a la muerte

En la casa de espejos  
del ahora  
hoy me encuentro

transformado en una ráfaga de imágenes  
La libertad es el más importante  
de mis órganos internos  
Mis raíces andariegas han urdido su periplo  
de puntos cardinales

Ay hermano cómo duele ser un árbol  
que toma decisiones

Lo estoy diciendo aquí  
en la cabina del manejo  
de mi libre albedrío  
Me duele porque duele  
en el alma el erizo  
de las encrucijadas

Ya nunca estaré hierático  
inmóvil  
a la expectativa

del hacha que clarea los bosques  
construye la orfandad de los gorjeos  
desconecta los pulsos  
y hace que las raíces arrancadas de cuajo  
renuncien a su idilio con la ceguera  
de los topos  
subterráneos

Ya nunca  
Ya nunca me encontraré  
a la espera del rayo  
que se escapa de la iracundia divina  
o del bombardero místico  
para carbonizar los nidos  
las hojas y las ansias  
y ocultar con una fronda de humo  
la parvada de incendiados gorriones  
del chisporroteo  
Nunca

Ya estuvo bien de ser siempre  
la criatura de brazos

durante la vida entera  
de algún progenitor  
perteneciente al mundo  
o al transmundo  
Deseo morir como hombre  
no como el perpetuo niño  
que tiene la sumisión acasillada  
la voluntad gateando  
las manos ahuecadas de pedir  
por el amor de Dios  
que en sus hombros se pose  
paloma mensajera de ultratumba  
la mano de su padre  
Ya no  
Ya nunca me hallaré  
el tronco de rodillas  
y los ojos anegados  
de sí mismos  
pidiendo a las deidades  
o al sagrado corazón distribuido  
en todas ellas  
la limosna  
de un corazón intrépido  
el valor de mirar a la verdad  
como los girasoles a su dueño  
la osadía de abordar la barcaza de la muerte  
sabiendo que al timón se halla el Ni modo  
con la serenidad del que en su pecho  
ha cavado la fosa  
para dar a la muerte sepultura  
Enrique nunca ya  
Ahora quiero  
respirar a toda fronda la fragancia  
de todos los caminos  
Quiero cultivar mi jardín  
para que allí me crezca  
la rosa de los vientos  
Quiero  
que la muerte me encuentre caminando



## ODA A LA GOMA DE BORRAR

Gran cosa es tener la capacidad de retractarse.  
Poseer el combustible necesario para dar marcha  
atrás.  
Lucir la valentía de desdecirse,  
humillar la petulancia  
de pretender hablar desde el púlpito de la tinta,  
con un ademán autocrítico  
que transforma los dogmas  
los yerros  
la retórica  
en un rebaño de virutas perfumadas.  
Para desandar el camino  
y darle nuevamente la palabra a la página en blanco,  
se requiere de un delicado instrumento  
que es, como la rueda  
los grandes aeroplanos  
y la caricia de la mujer amada  
cuando la soledad nos cala hasta los huesos,  
invento inapreciable.  
¡Oh fe de erratas de mi lápiz!  
Cernidor entre el trino y el resuello,  
la palabra veraz y la que hilvana  
las letras enmieladas del engaño.  
¡Oh gran antologista de vivencias!  
Yo te debo la astucia de anularle adjetivos  
a las emociones sustantivas.  
Te soy deudor de mi capacidad  
de comenzar y comenzar  
nuevamente desde cero.  
Cuando vuelvo los ojos a la pluma  
al lápiz  
a la máquina  
y después hacia ti  
me quedo meditativo  
y pienso  
que el poeta  
el verdadero  
el grande

el profundo poeta  
debe saber oír más las palabras de su goma  
que las del artefacto con que escribe  
porque los dioses están más cerca del silencio  
que del barullo.

## CONFIDENCIAS DE UN ÁRBOL

Cansado de que el viento me sacudiera con iracundia  
de que se enseñoreara sobre mí  
decidí una madrugada  
soltar deliberadamente una de mis hojas.  
Llevé todas mis energías  
mi coraje  
mi savia  
hacia el ramaje.  
Y me deshice de una hoja verde y puntiaguda.  
En realidad acabé por sacudírmela  
después de un gran esfuerzo.

Nadie fue testigo de la proeza.  
El viento atravesaba entre mis ramas en ese mismo  
instante  
y como desprendió varias de mis hojas  
nadie podría haberlo imaginado  
en el caso de haberlo visto  
que una de ellas  
entre las doce que perdí ese día  
encarnaba  
muy verde aún  
la forma primera de mi libre arbitrio.  
Decidí descansar, reponer mi fuerza  
tener frías, muy frías las sienas  
meditar mi hazaña:  
me sentí frente a los otros árboles  
como el ángel que aletea orgullosamente  
su diferencia con los hombres.

Pero al paso del tiempo  
sentí la necesidad de obsequiarle a la botánica  
con una nueva toma de decisión  
otra avería.  
Fue ya en la primavera.  
Mis ramas se doblegaban de tan llenas de flores.

Mas advertí que entre una flor y otra en una de mis ramas  
había una distancia grande  
un sitio desaprovechado.

Y me puse a pujar y pujar  
hasta que de repente me brotó  
una pequeña flor  
más pura  
blanca  
y tierna  
que las otras.

Mi felicidad fue mayúscula  
y se llenó de gozo el corazón  
si se puede hablar de corazón  
en un ser que nunca se ha excitado  
ni con las caricias eróticas del viento.  
No soy  
me dije  
un árbol al que le **acaecen** flores  
sino que **decide** flores.

Los pasos siguientes fueron más sencillos.  
Que se me ocurría crecer por ejemplo.  
Me concentraba.  
Pensaba en las nubes  
y conquistaba uno o dos centímetros.

En la noche cuando no había ningún curioso  
creaba frutos  
los destruía  
me los pasaba de una rama a otra.  
Y hasta descubrí la manera  
de hincarles el diente.

Llegó el momento  
en que todo o casi todo  
era producto de mi libertad  
de mi opción  
o de mi juego.  
Soy un árbol que ha creado

su tronco  
su ramaje  
su clorofila  
sus nidos  
sus aves  
sus gorjeos  
y su sombra.

Pero nadie lo advierte porque  
si decido crecer

se piensa  
que la germinación me obliga a ello.

Si opto por florecer  
por repujar mis ramas de pequeñísimos milagros  
que la botánica es la responsable.

Aún más.

Creo que cuando tome mi principal decisión  
no dejará de haber un leñador a mi vera

que hacha en mano  
haga pensar a todos  
que fui vulgarmente derribado

y no que  
hambriento de rumbos  
concentré mis fuerzas  
apreté los músculos

y di  
mi primer paso.

## LA HERMANA

### I

En la línea fronteriza  
con que mi identidad pinta su raya,  
te hallabas tú,  
encabezando la lista  
de mis prohibiciones,  
el catálogo cruel y puntilloso  
de la moral madrastra.

Por aquellos días  
no sólo pescaste al vuelo alguna de las frases  
pronunciadas por el sutil deletreo  
de mis párpados.  
sino que terminaste por oír y comprender  
el gruñir de mis órganos internos,  
las blasfemias coaguladas en mi sangre  
o el sollozo con que tartamudea mi ternura...

Yo asimilé también aquí a tu vera  
las voces inaudibles que brotaban  
de las partes pudendas  
de tus poros.

No fui indiferente al clamor en sordina  
que suelta en toda tú lo inconfesable,  
ni al instinto sepulto en las reconditeces de tu cuerpo,  
donde tu carne finge ser ya un trozo  
de materia suicida.  
Supe entonces  
que la fuente de mi inspiración  
-tomarle el pulso a los árboles,  
quedarme sin ojos tras el vuelo de las aves,  
cantar desgañitadamente y al unísono con los vientos-  
de no sé qué manera se fundía  
con tus piernas, tus senos, tus caderas,  
con todo ese puñado de morbideces  
que mantiene con la palma de mi mano  
un aire de familia insoslayable.

## II

Pero vayamos al lado oscuro del castillo.  
La soledad estaba siempre merodeando.  
Meditaba en la forma de trocarse en ave de rapiña  
y arrojar al aquí y al ahora de este grito.  
Rodeaba los cuerpos  
de alambradas de carne  
para frenar los pasos  
amorosos,  
la valentía  
del aproximarse,  
la idea fija de las manos  
que conspiran, en pie de audacia,  
contra la satrapía  
de los límites.  
Gustaba echar a andar  
esa caja de música siniestra  
en que se me había acabado de convertir  
el tronido de los dedos.  
Coleccionaba caracolas.  
Pero de un género sólo:  
de aquellas en que se podía escuchar,  
eterno, majestuoso, inagotable  
el mar de incertidumbres;  
sabía cómo asaltar, en fin, al ímpetu  
de libertad,  
atarlo y convertirlo  
en un cero a la izquierda que como pequeño globo  
se desinfla  
y dejar al corazón  
rumiando entre sus venas su rosario  
de tarántulas.  
Pero nuestros padres, hermana,  
no sólo dieron a la luz  
a este poeta que ha obtenido  
varias veces el primer lugar  
en los concursos de migraña  
o a este mamífero

que está por editar  
su primera antología  
de aullidos a la luna,  
o también a esta mujer  
que advino al mundo  
en una nave de vela  
empujada por un huracán de genes  
para ser musa,  
hermana de mis ojos,  
mis manos,  
mi sangre,  
perfume de la más entrañable de las flores increadas  
criatura con toda la luz que requerimos para salvar la  
noche  
en la palma de las manos.

### III

Mas la soledad  
se tendía entre nosotros  
con presunciones de frontera,  
quemazón de salvoconductos,  
deslinde de amorosas confusiones.  
Le podaba las rosas a nuestra fantasía,  
enmarañaba la ilusión  
de escapar finalmente  
del mareo laberíntico,  
al transformarla  
en laberinto de hilo,  
y dejaba en libertad los alacranes  
jugosos de veneno.  
Ahí estabas, hermana,  
en mi línea fronteriza,  
en la aduana de poros con que empieza el afuera.  
Ahí, para vendarme los gemidos.  
derramarte en mis heridas  
y ponerle a mis vocablos plañideros  
la sordina de tu dedo en la boca.

### IV

Ahí estabas. Al alcance del deseo,

de la mano desenguantada de prejuicios;  
sin vacilaciones,  
ni riendas,  
ni poquedades,  
ni la voz insidiosa y maloliente  
del escrúpulo.

La distancia  
-que por más que restáramos, medía  
siempre el mismo infinito-  
fue hostigada por las fauces  
del atrevimiento.

Pero ahí permanecías,  
en el lugar exacto de lo otro.  
sitiada en tus aquíes,  
en tus aislantes células,  
por los amurallamientos del bautismo,  
por el principio de identidad que espolvorearan  
en toda tu epidermis  
las manos de los padres.

Ay, nuestros padres.  
Nos dejaron de herencia  
este ser individuos,  
islas,  
mapa de células.  
Este vivir prisioneros  
a cuatro llaves,  
a cerradura ciega,  
dentro de un cuerpo  
por sí mismo acorralado.  
Nos acercamos uno al otro  
con la temeridad enredada entre los dedos,  
convencidos de que el tacto,  
vigía de la epidermis,  
halla siempre los pasadizos secretos,  
los puentes,  
los pedacitos de tierra de nadie,  
bajo la altanería de las diferencias.

En ambos raya una convicción:  
el amor sabría revolver  
los poros de lo mío y de lo tuyo  
a la busca de la cama promisa  
del nosotros.

Ahí estábamos.  
Respirándonos mutuamente los alientos.  
Dándonos uno al otro el golpe  
a sus suspiros.  
Era preciso dar el paso.  
Mirar sobre los hombros del desdén  
las convenciones,  
las consecuencias  
o el sismo de principios y preceptos.  
Había que darlo.  
Y lo dimos.

## V

Nuestras fronteras fueron al cadalso.  
El principio de identidad se embarneció en un punto  
del espacio.  
nuestra epidermis amordazó  
los monólogos obsesivos de sus orillas.  
Y fuimos una carne,  
idéntica pulpa de manzana,  
el dulcísimo pronombre hermafrodita,  
la jadeante unidad de contrarios,  
las bocas confundidas,  
las manos al garete.

Qué felicidad, hermana.  
¿Lo recuerdas?  
Qué paraíso levantado  
a fuerza de infracciones,  
de resoluciones perplejas  
y de saltos mortales.  
Qué manera de incinerar decálogos,  
hacerse oídos sordos al estruendo  
que se agolpa en el púlpito

o cortarle las alas a los cuervos  
que anidan en la parte  
oscura de las normas.  
Qué forma de gritar «ya basta» a los mandatos  
que usaban el canal de lo infinito.  
Qué paraíso terrenal  
cargaron en sus hombros ese día  
dos valientes.  
¿Recuerdas?  
Qué júbilo indecible cuando barrimos del entorno  
las dudas,  
los temores,  
las letras de los nombres paternos,  
el morderse y remorderse el alma toda  
o el curvo sentimiento de una culpa,  
bajo la acusación  
de que todos,  
quién más quién menos,  
habían hincado su diente en la pulpa moralista,  
la discordia azucarada  
y el rojo delincuente  
de la manzana fatídica.

Qué satisfacción saber,  
hermana,  
de que aquí,  
en nuestro mundo,  
en este dar rienda suelta a lo que somos,  
se ha apostado un arcángel  
que blande y blande la línea fronteriza  
de su espada  
flamígera, filosa, imperturbable  
que además de vedar, con su aduana de fuego,  
el paso a los intrusos,  
nos esconde,  
protege  
y vela dulcemente nuestra culpa  
de las conspiraciones y amenazas  
del incienso.

## SIN RECHINIDOS DE LETRAS

Dios a así: el divino rostro de la soledad.  
Las siete palabras del monólogo.  
El parloteo sin fin  
desde el cósmico altar de su aislamiento.  
Ni las cosas,  
ni los animales,  
ni los hombres  
(esos juncos anémicos que, ante las aras,  
claudican del cerebro  
dada la pesantez de sus rodillas)  
le mermaron un ápice, ni podían hacerlo, a una soledad  
más redonda que la noción del círculo.  
Soledad autosuficiente  
en que Dios, al crear a los seres inferiores,  
al darle cuerda a los microbios,  
al encomendarle tareas extrañísimas a todos los insectos,  
no manifiesta la más mínima secreción corpórea:  
un Dios a punto de despeñarse en el sollozo  
o formando, durante los seis días consabidos,  
dos lágrimas perfectas,  
sería motivo para inmolar  
centurias de buena teología,  
o para irnos a derruir todos los templos,  
con nuestra duda al hombro,  
empezando por el atrio de las esperanzas  
para culminar con las formas románicas o góticas  
de nuestra ingenua fe, que necesita su pedestal de piedra.  
Soledad que es un campo roturado para flores de nunca acabar.  
Heredad en que estalla lo sublime.  
Mansión hecha de luz de tal manera  
que oculta hasta en los sótanos bodegas de cardillos.  
Ciudad llena de muros  
pintarrajeados todos con las palabras  
escritas entre líneas en las Sagradas Escrituras.  
Dios carece de cumpleaños: su soledad guarda con el tiempo  
la relación distante de: "he oído hablar de él",  
"me dicen que hace de las suyas entre vosotros"  
o "qué extraño ruido produce la imperfección".

Soledad sin teléfonos,  
sin cartas,  
sin rechinidos de letras,  
sin la más mínima lengua en la punta de una frase.  
Con los labios sellados por los siglos de los siglos.  
Soledad y silencio.  
Soledad que no consiente en su piel una sola molécula corruptible.  
Verbo sin conjugaciones.

## LA TORRE DE BABEL

Albañil con delirio de grandezas.  
Constructor incansable de la torre  
de no acabar. Impulso que reúne  
su mezcla de alma y cuerpo en cada adobe.

Aeronave lentísima que escala  
por terribles centímetros al cielo,  
y en que hemos ido alzando, sediciosos,  
la primera escalera hacia lo eterno.

De repente un relámpago y sus quejas  
de timbal malherido, nos aturde  
rugiéndonos que somos en pecado  
que si el orgullo y la ambición discurren

con el turbión de sangre de las venas,  
acabarán por ser tan sólo un coágulo  
de glóbulos blasfemos, un olvido  
del dedo omnipresente del decálogo.

Pero estoy, junto a todos, mano a la obra  
más que para ascender, para que lo Alto  
pueda por fin bajar hacia nosotros  
trayendo el más allá bajo del brazo.

Qué temor, al dejar anclado el suelo,  
cuando el mal de montaña o de infinito  
nos ahoga el propósito y nos vuelve  
en una procesión de peregrinos

con los pies amarrados y los ojos  
viviendo una zozobra de galaxias,  
subiendo, no subiendo, con el cuerpo  
jugando a ser grillete de las almas.

Los vocablos encuentran en su carne  
los poros del aullido. Y hay personas  
que exigen un micrófono y se quedan

en medio de un desierto hablando a solas.

Alguien pensó de pronto: lo que faltan  
son traductores: hombres empeñados  
en arrancar la máscara a las frases  
(que ladran diferencias) de lo extraño.

Pero los traductores, sorprendidos,  
ven la inutilidad de sus esfuerzos  
cuando, pasión en ristre, nos dan sólo  
diferentes versiones del silencio.

Mi hermano, ya no entiendo lo que dices.  
Tu lengua amasa sílabas y gritos  
de chasquidos ignotos y sus letras  
se escurren sin cesar de los oídos.

En tu voz y en tus labios ya no advierto  
cuando estás frente a mí, sino tu espalda,  
la inquietud de tus pies, las estridencias  
volcadas a morder tu pentagrama.

Ay, hermano, no escucho lo que gritas.  
Tu alma me es expropiada por la bulla.  
Me encuentro de rodillas, suplicando  
que a la voz de mis tímpanos acuda

un vocablo no más, pero un vocablo  
familiar, cotidiano, tuyo, mío,  
para restablecer la especie humana,  
la hermandad de la oreja y el sonido.

Amada mía, deja a mi cuidado  
tus palabras. Acércate. No escucho  
qué murmuras. No capto sino estática,  
el ruido de los astros en su mundo

inasible, lejano, en otro idioma,  
y desterrado siempre hacia el afuera.  
Háblame con los ojos si no puedes

tener apalabrada con tu lengua  
(cuando se halla mi oído arrodillado)  
tus mensajes, tu código, nuestra habla  
confidencial, con sus misivas de aire  
y sus letras que vuelan en bandada.

Mujer ¿qué se ha interpuesto entre nosotros?  
¿Un alambre de púas o gruñidos  
que mastican su cólera y prohíben  
la entrada a tus recintos?

y tampoco comprendo qué musita  
este poeta que anda aquí en mi pecho  
versificando estrépitos o ruidos  
e impostando vocablos extranjeros.

No sé lo que mascullo, y aunque instalo  
en todo lo que soy mi oído interno,  
advierto sordomudas mis entrañas  
y hablo con bocanadas de silencio.

Poco a poco también se vuelve extraño  
el lenguaje de Dios, roto, perdido  
en un acento ignoto que le brinda  
a su predicación el infinito.

Cuando suelta su voz, yo no le entiendo  
una sola palabra al absoluto.  
Aunque tengo una antena para hacerme  
de pedazos de cielo, no disfruto

de los versos que dicen que Dios forja  
en sus momentos de alegría plena.  
No doy con el canal de lo perfecto.  
Mi oído sólo advierte la cadencia

de voces que se rompen, chocan, ruedan  
hasta formar un nudo de alaridos  
incoherentes, que bajan de la torre  
para untarse de polvo en los caminos

El sordomudo altísimo del cielo  
envuelve en mortecina luz su indicio  
Ya el radar de la torre no registra  
ningún aletear de lo divino.

Tiembla de pronto. Todo se conmueve.  
¡Qué colapso! ¡Qué torpe ingeniería!  
Caen piedras y esfuerzos.

Y prosigue  
la confusión en medio de las ruinas.

## CATALEJO Y UTOPIÍA

### *1. Oda a nuestra embarcación*

Todo barco,  
para que lo sea,  
tiene que conocer,  
vivir,  
saborear  
una tempestad.

Víctima de famélicas  
tarascadas de espuma,  
su proa  
(su olfato de futuro)  
deberá sufrir  
el delirio de pasos  
de la desorientación,  
amén del extravío  
o del naufragio  
de toda tierra firme  
enterrada  
bajo el líquido entrechoque  
de feroces  
gerundios.

Todo barco,  
Para que lo sea,  
tiene en veces  
que hallarse a la deriva  
o a la mala de Dios.  
Bogar roto,  
destartalado,  
huérfano de astilleros,  
harapiento de velas,  
pordiosero de segundos  
más de vida.

Sólo así.

Sólo así  
podrá estallar el motín a bordo  
que lleve a la esperanza  
a adueñarse del timón  
que conoce el idioma  
de la meta  
y hoy se encuentra  
aullando hacia la luna.

Sólo así  
podrá ser suprimida para siempre  
esa avanzada del mar  
que perla las pestañas  
de todo tripulante  
cansado,  
pesimista,  
venido ya en espectro.

Marinero:  
hay que remar  
con la meta anticipada.

## *2. El ideal*

¿El faro continúa arando en el desierto?  
Dicen tal. Pero yo,  
que me encuentro al pie de tu mirada,  
sé que nuestro destino está muy próximo,  
a golpe de ilusión  
y a mano izquierda.  
El ancla imperceptible de la brújula  
se encuentra descendiendo.  
No nos separa ya todo un océano  
de la meta.  
Un reflector se arroja, sol en mano,  
al vocablo **enseguida**.  
Entre el faro y nosotros  
sólo se halla una lágrima:

el mar que se condensa ante los ojos  
al tamaño preciso  
que nos nubla la vista.

### *3. A buen recaudo*

La nave sacudida  
empezó a hacer agua.  
O, si se quiere, llanto.  
Válgame Dios,  
el golpe con los arrecifes  
hizo que el palo mayor,  
con todo y velamen,  
se desgajara ruidosamente:  
sólo quedó un inútil harapo  
para continuar sus negociaciones  
con el viento.  
La brújula, el verdadero vigía,  
insomne,  
sedienta de agua dulce,  
se sintió devorada  
por el canibalismo  
de los cuatro puntos cardinales.  
La desesperanza,  
el temor,  
el tronar de unos dedos  
con las uñas raídas,  
el corazón náufrago  
en medio de un vórtice  
de latidos,  
el hormiguero de la angustia,  
todos,  
todos corrieron a refugiarse  
en el azoro  
de sus órbitas.  
Quién les iba a decir  
que la embarcación  
había encallado,  
por fin,  
en la tierra prometida.

#### 4. Arribo

Todo nos hizo suponer que llegábamos finalmente  
a buen puerto.

La tormenta que amenazó con arrancarnos del pecho el corazón  
para llevárselo como hoja seca;

la brújula que sufrió un inusitado olvido  
de puntos cardinales,

el agua que empezó a decrecer  
con una alarmante tendencia a cero,

a simple lágrima,  
el motín de miedos a bordo de las almas  
marineras,

todo  
se quedó a las espaldas  
como una estela de infortunio  
borrada por un vuelco  
de la suerte.

Y ahora  
la risa,  
la palabra aleluya,  
la creencia de que Dios  
había dejado al fin de hacer concesiones  
a la nada,

todo este festín  
a mano,  
a ojo,  
de repente se vino abajo,  
se paró en seco,  
cuando vimos que habíamos desembarcado  
en una tierra movediza...

## ÍNDICE

Acerca de la poesía .....	1
El junco .....	3
Cantata del árbol que camina .....	15
Oda a la goma de borrar .....	39
Confidencias de un árbol .....	41
La hermana .....	44
Sin rechinidos de letras .....	50
La Torre de Babel .....	52
Catalejo y utopía .....	56